

## Hablando de lobos

-Malditos bandidos –refunfuñó Sir Lorgarm mientras movía su canoso mostacho- Hoy recibirán su merecido.

Montado en su corcel y enfundado en su armadura, el veterano oficial encabezaba el convoy a través del bosque. Custodiado por no muchos hombres estaba compuesto por unos cuantos carromatos cargados de armamento, cubierto éste por lonas para ocultarlo de la vista.

En silencio, los hombres marchaban confiados a pesar de la amenaza que les acechaba, pues durante los últimos meses esos senderos eran el coto de caza habitual de un nuevo grupo de truhanes, los Lobos de Rolf.

Con toda clase de artimañas estos lobos se habían convertido en un verdadero peligro. Se decía que su líder, Rolf, poseía toda clase de extraños artilugios. Debido a ello ningún convoy había podido resistírseles.

Pero no, con él no iban a poder, no con un perro viejo que había visto centenares de batallas. Quizá alguna menos.

De repente un tronco cayó ante él con gran estruendo y encabritando a su caballo.

-¿Pero qué demonios...!?! –gritó mientras forcejeaba con su montura.

-¡Alto ahí, miserables! –clamó una voz- ¡Habéis entrado en los dominios del lobo!

En un momento el convoy se vio rodeado a ambos lados del sendero por un numeroso grupo de salteadores, destacando entre ellos un tipo pertrechado con una buena armadura de cuero y cubierto por una piel de lobo cuya cabeza los contemplaba amenazadora sobre su casco.

-¡Fuera de mi camino, truhan! –le gritó Sir Lorgarm desenvainando su espada- ¡O probarás la furia de mi acero!

-¡HA! ¿Es que no sabes quién soy? ¡Soy Rolf el Lobo! –clamó enérgicamente señalándose con el pulgar- ¡Azote de los ricos y campeón entre los audaces! ¡Y si apreciáis vuestra vidas más os vale entregarme lo que tenéis!

-¡Jamás!

-¡Tú lo has querido! ¡Lobos! ¡Enseñadles lo que es bueno!

En ese momento varios de los salteadores encendieron las mechas de unas bolas negras que llevaban del tamaño de una naranja y las lanzaron contra el convoy.

Confundidos, los soldados las contemplaron rodar entre sus pies.

-¿Pero qué...? –tuvo tiempo de decir uno de ellos.

Con una estruendosa detonación todo quedó cubierto de humo y de gritos de los heridos. La montura del viejo sargento lo derribó entre relinchos de terror.

-¡HA! –clamó El Lobo- ¡Probad el poder de mis bombas! ¡Ahora, mis lobos! ¡A por el botín!

A la orden los bandidos se lanzaron en masa sobre el convoy y sus confundidos defensores que se vieron presionados por todas las direcciones. Fue tras sonar los primeros choques del metal que las lonas se abrieron desvelando las armas que transportaba el convoy.

-¡A por ellos! -gritaron los refuerzos antes de saltar sobre los asaltantes.

-¿Así que triquiñuelas, eh? –dijo Rolf contemplando desde una posición ventajosa en alto- ¡Pero no será suficiente!

-¡A por él, muchachos! –gritó Sir Lorgarm tras levantarse y unirse a la lucha- ¡Cincuenta monedas de oro para el que me traiga su cabeza!

Al oírlo los soldados redoblaron sus esfuerzos y poco a poco unos pocos pudieron abrirse paso hasta El Lobo. En cuanto tuvo la oportunidad el primero de ellos se lanzó corriendo a por él.

-¡Estúpido! –clamó mientras asía un extraño aparato similar a una ballesta enorme que llevaba colgado del hombro- ¿Acaso te crees rival para mí?

Seguidamente un virote salió propulsado del artefacto para clavarse en el pecho del soldado deteniendo su carrera. Gritando de dolor trató de seguir avanzado con el tiempo que creía tener, pero el jefe de los bandidos no tuvo más que abrir y cerrar emitiendo un sonido mecánico algo parecido a un cerrojo en el arma antes de poder disparar de nuevo, haciéndole caer definitivamente.

-¿Veis? ¡Eso es lo que le ocurre a quién a mí!

Durante los instantes siguientes unos pocos más trataron de conseguir la hazaña con idéntico resultado.

-¡Miserable! –gritó el viejo tras abatir a otro de los canallas- ¡Juro que tendré tu cabeza!

-¡Ha ha ha ha! ¡Sigue jurando viejo, ahora que aún te queda tiempo! –clamó antes de apuntar hacia él con su arma.

Estaba listo para apretar el gatillo cuando advirtió que otro de esos necios se le acercaba, pero al fijar su atención en él se dio cuenta de que era distinto. Un muchacho joven, enfundado en una ligera armadura de placas y armado con una espada de puño y medio, se abría camino con habilidad a mandoblazos entre sus hombres, pero no iba a ser así por mucho tiempo. De inmediato lo encañonó con su arma listo para acabar con su amenaza. Pero éste, percatándose a tiempo, agarró a uno de sus hombres por el peto y lo puso en medio justo a tiempo para recibir el virote.

-¡Será...! ¡Desgraciado! –le gritó- ¡Deja de usar a mis hombres como escudo!

-¡Haré lo que me dé la gana! ¡Soplagaitas! –le replicó éste con un corte de mangas.

-¡Será hijo de...! ¡Miserable! ¡No dirás lo mismo cuando acabe contigo!

-¡Soy yo el que te va a dar una paliza! ¡Mantecato!

-¿Mantecato? ¡Querrás decir mente...! –gritó antes de percibir otra amenaza.

Veloz como el rayo, otro muchacho se abría paso a sablazos desde otra dirección. Vestido con elegantes ropajes blancos y protecciones de cuero parecía danzar en medio del combate. Otro problema que requería solución. Enfocándose en él procedió a dispararle, pero con tanto movimiento erró el tiro.

-¡Maldito! –juró mientras recargaba.

Estaba listo para apretar el gatillo cuando éste le lanzó un cuchillo con rápido movimiento. Durante un instante Rolf quedó pálido, hasta que se dio cuenta de que no le había dado.

-¡HA! Perdedor –dijo mientras apretaba el gatillo.

No le gustó el sonido que emitió su arma.

-¿Eh? ¿Se puede saber que pasa?

No tardó en descubrir con asombro el cuchillo atascado en el cañón de ésta.

-¿Pero cómo...?

-¡Ya eres mío! –gritó el muchacho de la armadura descargando su espada sobre él.

-¡Mierda! –maldijo a la vez que interponía en acto reflejo su innovadora arma.

Al impactar, la hoja produjo un crujido al mismo tiempo que astillaba el armazón.

-¡Mi arma!

No había empezado a lamentarse cuando pudo ver por el rabillo del ojo al otro acercándose cual centella, justo a tiempo para desenvainar su espada y detener el golpe que éste le dirigía.

-¡No tienes escapatoria! –clamó el otro- ¡Ríndete!

-¡Jamás! –gritó mientras se defendía de los siguientes ataques- ¡Hombres! ¡A mí!

Los dos muchachos presionaron golpe tras golpe buscando un hueco en su defensa, pero Rolf se defendía como el lobo acorralado. No iban a derrotarle unos advenedizos, los cuales en cuestión de segundos se vieron desbordados por sus hombres. Ése era el momento, aprovechando que estaban ocupados, procedió a retirarse estratégicamente.

-¡Eh! ¡Que se escapa! –gritó el enlatado al verlo alejarse.

-¡HA! ¡Ahí os quedáis, perdedores! –respondió antes de introducirse en la espesura.

-¡Será gallina! –espetó mientras despachaba a otro- ¡Jack! ¡A los caballos!

-Diago, ¿estás seguro de que es por aquí? –preguntó Jack mientras galopaban por los senderos del bosque.

-¡Tengo una corazonada!

No pasaron ni diez segundos cuando un jinete con una piel de lobo entró al galope al camino por delante de ellos.

-¡Ha ha ha ha! ¡Esos idiotas no podrán cogerme! –clamó entre carcajadas.

-¡Y qué lo digas! –respondió Diago.

-¡Me encantaría ver sus caras de idiota sabiendo que no pueden alcanzarme! Un momento... ¡Pero si yo iba solo! –gritó antes de mirar atrás- ¡AAAH! ¡Vosotros! ¡Dejadme en paz!

-¡Y una mierda! ¡Tú te vienes con nosotros!

-¡Que os lo habéis creído! –clamó espoleando a su montura, un caballo pardo de la región.

-¡No creas que podrás escapar! –respondió el muchacho haciendo lo propio con Hidalga, una yegua kushi negra azabache de primera.

De cerca lo seguía Jack sobre Pegaso, el corcel blanco regalo de su padre.

-¡Seguidme si podéis! –clamó antes de desviarse por un sendero angosto y escarpado.

-¡Dalo por echo!

El Lobo tenía experiencia por esos caminos, no debería serle difícil dejarlos atrás en ese camino de obstáculos y giros bruscos. Tenía ganas de mirar atrás para verlos desaparecer, pero en ese sendero y a esa velocidad eso acabaría con él estampado contra un árbol.

-Je, seguro que se han quedado ahí atrapados –dijo convencido mirando hacia atrás al salir de esa trampa mortal- ¿¡QUÉEEE!?! –exclamó al verlos emerger- ¡Mierda! ¡Son buenos!

-¡Gracias! –le respondieron.

-¡CALLAOS! ¡Dejadme en paz!

-¿Es que no sabes lo que se dice del caballo del malo? ¡Ríndete! ¡No puedes huir de nosotros con ese pony!

-¿Ah, no? ¡Ahora veréis! –gritó entrando en otro duro sendero.

-¡Jack! ¡Trataré de cerrarle el paso! –dijo Diago tomando uno distinto a su derecha.

-¡Bien!

Apurando a su montura el ágil muchacho fue acortando distancias con su presa y cuando estuvo a suficiente distancia le lanzó uno de sus cuchillos.

Rolf pudo ver el objeto metálico clavarse en un árbol justo cuando tomaba el siguiente giro.

-¡Mierda! -gritó mirando atrás- ¡Me está dando alcance!

Había pasado poco más de un minuto cuando el tenaz muchacho empezó a vislumbrar al Lobo a su izquierda entre la espesura.

-¡Bien! ¡Ahí está! ¡Arre, Hidalga, Arre! ¡Tenemos que adelantarlo!

Los árboles pasaban a su lado a toda velocidad mientras la poderosa yegua hacía uso de todas sus fuerzas.

Cada vez estaba más cerca. Tarde o temprano acabarían en el mismo camino.

-¡Un poco más!

Más cerca.

-¡Maldito sendero! ¡No voy a llegar a tiempo!

No conseguía ganar terreno. Había que tomar otras medidas, así que cogió una de las pequeñas hachas que llevaba en la silla de montar y se preparó para lanzarla.

Llevaba un rato pendiente de evitar los cuchillos cuando de repente algo le cruzó a escasos centímetros de la cara. Al mirar sorprendido para averiguar qué era vio al otro muchacho acercándose por su derecha cogiendo un hacha.

-¡Será desgraciado! ¡A poco me mata!

Sin pensárselo dos veces tomó el primer desvío que vio hacia la izquierda.

Tras él los dos aventureros se juntaron de nuevo.

-¡Le has alertado! –recriminó Jack.

-¡No le alcanzaba!

-¡Ya me he cansado de vosotros! –clamó El Lobo.

Acto seguido encendió la bomba que le quedaba y la echó hacia atrás como el que tira algo que ya no quiere.

-¡Mierda! –gritaron al verla.

Ésta fue a parar bajo Hidalga antes de explotar, yendo ésta al suelo y mandando al muchacho por los aires para acabar rodando por el suelo. Con más suerte Jack no sufrió la explosión, pero el estruendo hizo encabritar a Pegaso obligándole a detenerse.

-¡Adiós, perdedores! –clamó triunfante antes de perderse en la espesura entre carcajadas.

-¡Hijoputa! –gritó Diago desde el suelo haciéndole el gesto del dedo.

En cuanto recuperó el control de su montura, Jack bajó a ayudar a su compañero.

-¿Estás bien?

-Aaaah, dolido. Menos mal que voy chapado. ¿E Hidalga?

-Herida –dijo mirándola tumbada en el suelo- No veo nada grave desde aquí.

-Suerte que las bombas de ese bufón son tan cutres.

-Si, llegas a ser las de mi tío y puedes darte por muerto.

-Ese cabrón de Jim...

-Oh, si, Jack –dijo Diago disfrutando- Si, sigue así.

-¿Mejor?

-Siii... Ah, que manos tienes. Si fueses una chica me casaba contigo.

-¿Se puede saber qué estáis haciendo? –inquirió Sir Lorgarm al verlos.

Sentando en una de las sillas del campamento el entumecido aventurero disfrutaba desnudo de cintura para arriba el masaje que su compañero le realizaba en los hombros.

-Un masaje, ¿no lo ves, viejo? –respondió el escandaloso.

-¡Ey, campeones! –clamaron un soldados que se acercaban con jarras de cerveza de más- ¡Tomad! ¡Esto hay que celebrarlo!

-¿Se puede saber quién os ha dado permiso para sacar esa cerveza?

- ¡Tenga piedad, Sir Lorgarm! ¡Somos los primeros en derrotar a los Lobos de Rolf! ¡Algo así no puede quedar sin celebración!
- Hmmm... Supongo que tenéis razón. ¡Me voy con el resto a remojar el gaznate! Antes de irse echó un último vistazo a los muchachos.
- Esta juventud... –se alejó murmurando- Ya no saben cómo divertirse. Inmediatamente los soldados estallaron en carcajadas.
- ¿Qué pasa? –inquirió Diago- ¿Me he perdido algo?
- ¡Se piensa que sois bujarras! –dijo uno aguantándose la risa para poder hablar. Al oírlo el muchacho no pudo evitar escupir la cerveza que llevaba en la boca.
- ¿QUÉ? ¿Pero cómo puede pensar eso?
- Bueno, ahí con masajitos...
- ¡Eso es porque somos nakamas! –clamó poniéndose en pie con energía.
- ¿Na...qué?
- ¡Es como dicen camarada allá en por las tierras orientales! Jack y yo hemos viajado por mil y un lugares, y he aprendido mucho de muchas lenguas.
- Sólo has aprendido cuatro palabras –le replicó.
- ¡Tú te callas! ¡A lo que iba! ¡Lo nuestro es la camaradería que surge entre las almas varoniles perfectas!
- Si tú lo dices...
- ¡Yo lo digo! ¡Y tú, Jack! ¡Indígnate un poco!
- A lo que él respondió encogiéndose de hombros.
- ¡Ten un poco de carácter, leñe!
- Prefiero ser maduro.
- ¡Serás cabrón...! ¡Hablando de bujarras! ¡Donde tenéis a las chicas!
- No hay –respondieron.
- ¿QUÉ?
- Esto es un convoy de soldados. Aquí no hay chicas.
- ¡Maldita sea! ¿Y nos llamáis bujarras a nosotros? –clamó echando un buen trago-
- Mas os vale no divertirios en fila india.
- ¡Eh! ¡Sin pasarse!
- Vaaaya, ¿quién se ofende ahora? Por cierto, ¿sabéis cómo está mi yegua?
- Hemos oído que está bien y que en unos días volverá a ser la de siempre.
- Bien, bien.
- ¡Aún no me lo puedo creer! –clamó uno de ellos incapaz de contener la emoción por más tiempo- ¡Un Astarloa y un Fury con nosotros!
- Si –añadió otro- Ha sido una suerte teneros aquí con nosotros.
- Por cierto, Jack, ¿no te molesta que se hagan llamar lobos?
- ¿Por qué debería?
- Bueno... ya sabes, por los Lobos de Fury.
- Eso es cosa de mi padre y mi tío.
- Hablando de lobos –intervino Diago- Tú también tienes una piel de lobo.
- ¿De verdad? –preguntaron emocionados- ¿Podemos verla?
- Aaay, ¿por qué siempre haces que la tenga que sacar? –dijo mientras iba a sus alforjas y la traía.
- ¡Porque te empeñas en no dejármela!
- ¡Consigue la tuya!
- ¡Ya sabes que no puedo!
- ¿Por qué no? –preguntó uno de ellos- Espera, ¿es cierto que los Lobos de Fury conseguían la piel de lobo matándolo con sus propias manos?
- Si, es cierto.

-¿Y tú también lo hiciste?  
 -Sí, mi padre me obligó.  
 -Vaaaya. Pero si ya no existen, ¿por qué te obligó?  
 -Una prueba de hombría, para que me convirtiera en un hombre.  
 -Guau. Entonces, Diago, ¿no te atreves a pelear con un lobo?  
 -¡HA! ¿Acaso insinuáis que no puedo derrotar a un simple lobo? ¡Lo que pasa es que para mí son como perritos! Son tan monos... -dijo imaginando que tenía a uno entre los brazos.  
 -Pues roba una.  
 -¿Qué? ¿Cómo un vulgar ladrón? ¡Jamás! ¡Debe ser una prueba de habilidad y valentía! Un momento... -dijo comenzando a cavilar- ¡Claro! ¡Rolf!  
 -¿Le vas a robar la piel a él?  
 -¡Jamás!  
 -¿Quién roba a un ladrón cien años de perdón.  
 -¡No me refiero a eso! ¡Le daré una paliza y me quedaré su piel! ¡Eso tiene más mérito que cazar a un pobre lobito indefenso!  
 -¡Ey! Esa es buena.  
 -Vaya, Diago. Se ve que quieres ser como tu padre.  
 No había acabado de decirlo cuando el puño del muchacho se estrelló de lleno en su rostro.  
 -¡Eh! ¿Se puede saber qué te pasa? -inquirió otro viendo a su compañero caer redondo al suelo.  
 -¡Y una mierda quiero ser como él! ¡YO SOY YO! -gritó antes de echar un trago bien largo.  
 -No le nombréis el tema -aconsejó Jack.  
 -Bueno, vale -respondieron preocupados.  
 -¡Eh, vosotros! -les gritaron donde estaba el resto de la tropa- ¡Venid! ¡Sir Lorgarm os requiere!

-¡Muchachos! -comenzó con una jarra en la mano ante toda la tropa- ¡Lo de hoy ha sido una gran hazaña! ¡Hemos sido los primeros en poner de fuga a los Lobos! ¡Pero no os durmáis en los laureles, esa chusma sigue ahí, en los bosques!  
 -¿Y qué haremos? -inquirió uno de entre los presentes.  
 -¡Estos merluzos a los que hemos capturado nos dirán dónde está su guarida! -se adelantó Diago al veterano sargento.  
 Los muchachos se encontraban al lado de Sir Lorgarm de cara al público y tras ellos tenían atados a los que habían capturado.  
 -¡No me interrumpas, muchacho! -le recriminó- ¿Y por qué no te tapas de una vez?  
 -¡Porque tengo calor! ¡Muchachos! ¡Vamos a acabar con esa gentuza de una vez por todas!  
 -¡Pero Los Lobos tienen pólvora y otras cosas que no sabemos! -replicó uno de ellos- ¡Como esa arma extraña que llevaba su líder!  
 -¡Para empezar ellos no son lobos! ¡Son ratas! ¡ÉL es un lobo! -clamó echándole el brazo libre a Jack por encima de los hombros- ¡Y vamos a darles tal paliza que la recordarán por el resto de sus días!  
 -¿Pero tenéis algún plan?

Durante unos segundos Diago caviló en silencio entre trago y trago, hasta que finalmente apareció de repente en su rostro una sonrisa que denotaba malas intenciones.

-Si... tengo un plan. ¡Así que empecemos! –dijo dejando la jarra y encarándose al prisionero más cercano- Vamos, pajarito. Cántame una canción.

-¡Jamás! –clamó reuniendo el valor que le quedaba.

-Si así lo quieres... -respondió haciendo crujir sus nudillos- Jack, el suero.

Desanimados, Rudolf y Justin hacían guardia nocturna entre los árboles. No había sido un buen día el anterior. Esos condenados se la habían jugado. Y ahora tenían que montar guardia. ¿Para qué? No encontrarían su escondite en lo profundo del bosque. Preferían mil veces estar comiendo y bebiendo con el resto, aunque fuera para ahogar las penas.

-Cu cu –oyeron de repente.

-¿Qué... qué ha sido eso? –preguntó Rudolf asustado.

-No se, parece un cuco.

-Un poco raro suena ese cuco.

-¿Damos la alarma?

-No, no. El jefe está de un humor de perros. ¿Qué crees que nos hará si damos la alarma por un simple cuco?

-Jo, ¿y qué hacemos?

-Cu, cu –oyeron de nuevo.

-¡Está ahí! –clamó Justin.

-Espera aquí, voy a mirar.

Despacio y con cuidado Rudolf se acercó arma en mano a los matorrales de los que parecía proceder.

-¡AY! –oyó a su compañero de repente.

-¿Justin? –dijo dándose la vuelta de inmediato.

No estaba.

-¿Dónde estás, Justin?

En ese momento sintió un toque en el hombro derecho.

-¿Pero qué...? –dijo girando la cabeza antes de ver unos nudillos.

-Esos... desgraciados... -refunfuñó Rolf mientras bebía su cerveza.

Ante él estaban sus desanimados hombres comiendo y bebiendo para ahogar penas y recuperar fuerzas. Por suerte habían encontrado un buen lugar para su escondite, un antiguo monasterio abandonado en las profundidades del bosque al pie de un acantilado, permitiendo el acceso desde una única dirección. Desde que se habían asentado allí lo habían fortificado añadiendo varias estructuras como torres y barricadas. Si a alguien se le ocurría venir a por ellos lo pagaría caro.

En ese momento él se encontraba en su puesto de jefe sobre una plataforma que habían construido en la fachada del viejo edificio. Desde allí podía contemplar y dirigirse a sus hombres que comían y bebían a la luz de las estrellas y las hogeras.

-¡JEFE! ¡JEEFE! –gritaba uno de sus hombres que llegaba corriendo.

-¡¿QUÉ?! ¿Qué sucede? –inquirió tan alarmado como irritado.

-¡Los... los...! -farfullaba sin aliento.

-¡Habla claro!

-Los dos... los dos de ayer...

-¿Los dos que me desafiaron?

-Si... si... ellos...

-¿Qué pasa con ellos?

-Ya... ya se quienes son...

-¿Y a qué esperas para decirlo?

-Son... ellos son...

-¡Venga! ¡No tengo todo el día!

-¡Son Diago Astarloa y Jacob Fury!

Y entonces se hizo el silencio.

Astarloa... Fury... Esos nombres resonaron con fuerza en la mente de Rolf.

-¿¡QUÉEE!?! –gritó en cuanto volvió en sí.

-¡Estamos perdidos! –comenzaron a gritar los hombres- ¡Vamos a morir todos!

-¡Callad! –ordenó.

-¡Hemos hecho enfadar a los Fury! ¡Vienen a hacernos pagar! ¡Y encima con Astarloa!

-¡¡¡HE DICHO QUE OS CALLÉIS!!! –gritó a la vez que estampaba la jarra contra la barandilla derramando buena parte del contenido.

Al instante todos quedaron en silencio expectantes de lo que fuera a decir.

-¡Yo no tengo miedo a Astarloa o Fury alguno! ¡Además, ellos no serán más que sus hijos malcriados! ¡La próxima vez seré yo quien los cace a ellos y así nosotros, los Lobos, seremos famosos en todo el mundo!

-¡Si, seremos famosos! –comenzaron a clamar unos y otros- ¡Tendremos la gloria! ¡Eh, eso es mío!

De repente todas las miradas se fijaron en el último hablante.

-¿Se puede saber qué sucede? –inquirió Rolf.

-¡Él me he quitado mi comida! –respondió señalando a su compañero, el cual estaba sentado a su lado dando cuenta de una pata de pollo y de una cerveza.

-Ayyy –expresó Rolf llevándose la palma al rostro.

-¿¡Y por eso me interrumpes!?

-Yo...

-¡Jefe! –lo interrumpió el compañero- ¡Con nenazas como éste no cazaremos a Astarloa y a Fury!

-¡Eso, eso! –gritaron cerca- ¡Gelst, llorica! ¡No interrumpas al jefe!

-¡Gelst, como vuelvas a interrumpirme por tamaña tontería irás al pozo! –clamó Rolf- Como iba diciendo, ¡que vengan! ¡Se arrepentirán de haberse enfrentado a mí! ¡A Rolf! –añadió señalándose con el pulgar- ¡El tiempo de los Fury como lobos ya pasó, y también el de Astarloa! ¡Ahora es el tiempo de Rolf!

-¡Ya vale! –volvió a oírse- ¡Devuélveme mi cerveza!

Durante unos instantes de incómodo silencio por parte del público Rolf contempló iracundo la fuente de su ira.

-¡GELST! ¡Una vez más y te pasarás en el pozo una semana!

-¡Es él que no deja de gorronearme!

-¡Y tú déjale en paz de una vez! Por cierto, ¿quién no te deja en paz?

-¡No lo sé! ¡Dice que es nuevo!

-¿Cómo que nuevo? ¡Tú! ¡Levanta para que pueda verte bien!

Obedeciendo, el lacayo se puso en pie a la vista de todos. Con un pañuelo rojo a la cabeza y cubierto con una capa resultaba una vista peculiar.

-¿Se puede saber quién eres?

Rápidamente se terminó la pata de pollo y la arrojó entre los otros.

-¡Ey!

Y acto seguido se quitó la capa para después arrojarla también, dejando al descubierto la metálica armadura y las espada de puño y medio ante el asombro de todos.

-¡TÚ! –gritó Rolf al reconocerlo.

-¡Es...! ¡Es Astarloa! –exclamó el lacayo que había traído la noticia.

De inmediato todo se alejaron asustados dejando un amplio espacio alrededor del intruso.

-¡Así es! ¡Rolf! –clamó señalándole con el índice- ¡Te daré una paliza y me quedaré con tu pellejo!

-¿¡Qué!? ¿Es que quieres desollarme?

-¿Qué? ¡No, anormal! ¡Me llevaré tu piel de lobo!

-¡Jamás! ¡Si quieres una caza un lobo tú mismo!

-¡No me da la gana! ¡Quiero la tuya! ¡Quiero la piel de Rolf El Lobo!

-Vaya, vaya. ¿Así que tú también persigues la fama? ¿Acaso quieres seguir los pasos de tu padre?

-¡Y una mierda! ¡Yo doy los míos propios!

-¡Pues van a ser los últimos! ¡Ha sido una estupidez por tu parte venir aquí solo! Por cierto, ¿se puede saber dónde está Fury?

-¡Él es un verdadero lobo! ¡No tiene por qué ensuciar su nombre con ratas como tú!

-¿¡Cómo te atreves!? ¡Nosotros los lobos inspiramos terror en ésta región!

-¡Ha! ¡He visto comadreja que inspiran más temor que vosotros!

Durante unos instantes Rolf observó iracundo al muchacho.

-¡Valientes palabras para un necio! ¡Entrar en las fauces del lobo será el último error que cometas!

-¡Valientes palabras para un cobarde!

-¿Cobarde yo?

-¡Demuestra que me equivoco! ¡Baja aquí y demuestra lo que vales!

-¿Y porque no mejor te mato desde aquí? –dijo echando mano de su artefacto-ballesta.

-¿Eso es todo, cobarde?

-¡Yo no tengo la culpa de que seas tan imbécil como para venir aquí tú solo!

-¿Sabes qué? Voy a enseñarte una cosa –dijo colocándose el casco.

-¿Qué cosa? –inquirió intrigado.

-Cortesía de los verdaderos lobos –dijo desenvainando despacio.

Expectantes, todos lo contemplaron en silencio expectantes de lo que fuera a suceder. Con calma, el joven Astarloa empuñó su arma con ambas manos.

-¿Se puede saber qué pretendes? –inquirió Rolf preocupado.

-Contempla... ¡y verás! –clamó antes dar un potente tajo horizontal apuntando hacia él.

Entonces algo salió despedido hacia Rolf a toda velocidad. Oscilante y apenas visible, ese algo voló hacia la plataforma y en menos de un segundo la sangre saltó sobre ella.

Atónito, Rolf contempló la sangre que cubría su cuerpo.

-¿Pero... qué...? –dijo mirando sus brazos cubiertos de sangre.

-Aaah –oyó a su izquierda.

Al mirar vio a su hombre desplomarse con un gran tajo en el pecho.

-¡MIERDA! –gritó el joven Astarloa- ¡He fallado!

Rápidamente El Lobo volvió en sí henchido con una mezcla de horror y rabia, y señalando a su enemigo gritó:

-¡MATADLEEEEEEEEE...!

BOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOM.

De repente el tremendo sonido inundo el acantilado a la vez que el antiguo monasterio volaba por los aires. Tal fue la onda expansiva que derribó a todos los presentes a la vez que la plataforma salía volando.

De inmediato Diago volvió en sí con un horrible pitar de oídos.

-Malditos... capullos... ¿Tanta pólvora tenían? –dijo antes de sacudir la cabeza para despejarse.

Entonces pudo oír algo que le resultaba extraño. Tumbado como estaba no tardó en ver el problema que venía de arriba.

-¡Ah! ¡Los escombros!

Justo a tiempo rodó a un lado antes de que un pedrusco del tamaño de su pecho cayera sobre él.

Durante los segundos siguientes la zona fue salpicada por los escombros que caían entre los gritos de los aterrorizados bandidos. Una vez finalizada el muchacho aprovechó para levantarse y, poco a poco, los bandidos se fueron levantando también. No le miraban con buenas intenciones.

-¡Muere! –gritó el primero que se lanzó contra él.

Sin mayor problema el muchacho esquivó el golpe del hacha para después asestarle un directo en la cara que lo mandó de vuelta al suelo. Si perder tiempo recuperó su espada que había acabado por el suelo y después miró a su alrededor para comprobar que estaba rodeado de malas intenciones.

-Esto va a ser un problema.

-¡A por ellos! –gritó Sir Lorgarm.

Justo a tiempo los soldados aparecieron listos para cumplir la segunda parte del plan. Enardecidos se abalanzaron sobre los sorprendidos y aturdidos rufianes.

-¡Justo a tiempo! –dijo el muchacho mientras hacía frente a las hojas de sus oponentes.

La victoria estaba ya en sus manos, pero ahora el joven aventurero tenía que preocuparse de seguir vivo, pues los tipos que lo tenían rodeado no estaban por la labor. En guardia, aguardaba el ataque de sus oponentes, no había que precipitarse. Cuando el primero lo hizo pivotó para evitar su ataque y, aprovechando el giro, lanzó un potente golpe de costado que hundió la hoja entre las costillas de su oponente. No había acabado cuando el siguiente se le echó encima, para el cual lanzó un potente talonazo que le acertó en el bajo vientre y lo dejó plegado en posición fetal. Quizá le había dado más abajo. Para el siguiente, que venía a la carrera, se limitó a poner en su camino la hoja de su espada apuntando a su vientre. Falto de reflejos para apartarse a tiempo acabó con medio palmo de hoja saliéndole por la espalda.

-Ha –dijo Diago satisfecho- Tonto.

Y entonces otro más se le echó encima gritando y listo para asestar el golpe con su maza.

-¡Oh, no!

Tenía la espada en el cuerpo de su enemigo, no le daba tiempo. Demasiados enemigos, demasiado rápido. Si tiempo a hacer nada apretó los dientes listo para recibir el golpe.

-¡Muereeeaaargh! –gritó antes de desplomarse ante él.

-Fiuuu –suspiró al ver a Jack con la espada hundida en la espalda del rufián- ¡Has tardado!

-Mucha pólvora –respondió tras ponerse espalda contra espalda con su compañero.

-Ya te digo.

El persistente pitido le hizo volver en sí. Eso era todo lo que oía. Al abrir los ojos pudo ver sangre en el suelo, y al mover la cabeza entre intensos dolores aparecieron pies yendo de un lado para otro. De repente algo lo agarró con fuerza y lo alzó del suelo. Asustado, giró la cabeza para descubrir que eran sus hombres los que lo habían

levantado. Gritaban algo, pero él solo oía el condenado pitido. Suerte que comenzaba a desaparecer.

-¡Jefe! ¡Jefe! –comenzó a oír- Le creíamos en la luna.

-¿¡Y qué pinto yo en la luna?! –gritó sacudiéndoselos.

Mirando alrededor vio un panorama nada halagüeño. Su monasterio y base convertido en unas ruinas llameantes y esos condenados soldados abalanzándose sobre ellos.

-¡Ahí estás, desgraciado! –oyó de repente.

Al mirar pudo ver a esos dos condenados abriéndose paso hacia él.

-¿¡Es qué no piensan dejarme en paz esos mentecatos!?! –clamó echando mano de su ballesta- ¡Ahora veréis!

-¡Diago, cuidado! –gritó Jack.

Al oírlo el muchacho vio al Lobo apuntándole con ese condenado artefacto.

-¡Oh, mierda!

-¡Oh! ¡Si! –clamó éste apretando el gatillo.

Y entonces oyó un crujido seguido de un extraño sonido metálico cuando el proyectil salió disparado hacia arriba dando vueltas cual palo lanzado al aire. Segundos después impactó en la cabeza de su objetivo para rebotar y caer al suelo. Confundido, el muchacho no supo como reaccionar como un instante.

-¡Ey! –dijo molesto finalmente.

-¡AH! ¡MIERDA! –gritó Rolf- ¡No me falles ahora!

No había terminado de lamentarse cuando vio al rubio acercarse a él cual relámpago.

-¿¡Es que no pensáis dejarme en paz!?! –clamó deteniendo la acometida con su hoja.

-Ríndete –le respondió con su sonrisa confiada.

-¡Jamás!

-¡Entonces sufre! –gritó Diago acometiendo.

-¡Maldición! –clamó deteniendo el golpe a duras penas- ¡No pienso perder contra unos advenedizos!

-¡Cállate y dame tu piel de una vez!

La cosa pintaba mal. Sus hombres estaban siendo avasallados y esos dos estaban de nuevo encima de él, pero no podía perder. Él era Rolf, el Gran Lobo. Si tan solo...

Y entonces sonaron unas cornetas.

-¡En el nombre de Dios! ¡CARGAD! –se oyó segundos después, justo antes de que un grupo de caballeros con tabardos rojos y cruces blancas se uniera a la refriega.

-Vaya... -dijo Jack.

-¡Oh, mierda! –gritó Diago- ¡Los cruzados!

-Parece que Viggo nos echaba de menos.

-¡Mira que son oportunos! No importa, le damos una paliza a este y... ¿¡Pero dónde ha ido?! –gritó al ver que no estaba.

-Rata escurridiza –maldijo Jack- No puedes perderlo un segundo de vista.

El joven aventurero miró en todas las direcciones en busca de su presa hasta que su mirada se cruzó con la del enorme caballero del norte que dirigía a los cruzados.

-¡ASTARLOA! –gritó éste de inmediato.

-¡Mierda, no! ¡Es que no puedes dejarnos en paz, desgraciado! –le respondió.

-¡Tenemos que irnos!

-¡Lo sé, lo sé! ¡Condenada rata! –maldijo abriéndose camino.

- Estuvo cerca –comentó Jack desde lo alto de Pegaso bajo la luz de las estrellas.
  - ¡Condenado Viggo! Menos mal que teníamos los caballos cerca.
  - Hay que admitir que es tenaz.
  - Menos mal que ya casi hemos cruzado la frontera. Me gustaría despedirme de él con un buen corte de mangas... ¿O haciéndole un calvo? Eso si que sería divertido.
  - Mira que eres burro.
  - Y me encanta...
  - Dime, ¿ya estás preparando tu entrada triunfal?
  - ¿Para cuando llegue a casa dices?
  - ¿Para qué si no?
  - Nah...
  - ¿Con lo que te gusta el protagonismo no piensas lucirte?
  - Ey, he dicho que no lo estoy preparando, no que no lo vaya a hacer.
  - Así que improvisar, ¿eh?
  - Ya sabes que me sale solo.
  - No metas la pata.
  - ¿Acaso dudas de mí?
  - Bueno, en el peor de los casos podré reírme un rato.
  - ¡Ha! Te tragarás tus palabras.
- Después continuaron en silencio.
- Por cierto, Jack –dijo Diago al rato.
  - ¿Sí?
  - ¿Por qué no vas andando como yo, condenado? –inquirió mientras andaba con la herida Hidalga sujeta por las riendas.
  - Porque yo tengo cuidado.